

favores que he recibido de Dios, editada a partir del manuscrito que se conserva en la Biblioteca Universitaria de Granada con la signatura Caja C-084.

La lectura del material presentado —tanto las fuentes mismas como el estudio llevado a cabo por el autor— muestran la oportunidad de la llamada de atención de Fernando Durán sobre la necesidad explorar y conocer con más sistematicidad la producción autobiográfica espiritual del siglo XVIII, un trabajo en el que ha pretendido con este libro abrir camino. Y muestran igualmente lo acertado de su convencimiento acerca del interés específicamente literario —además de otros que puedan ser de utilidad a estudiosos tales como los historiadores o los sociólogos— que tiene esta corriente de producción escrita, fuente en muchos casos de una literatura religiosa que circuló abundantemente entre los lectores y cuya incidencia en las convenciones de las letras españolas —en el teatro, la novela y la poesía, por ejemplo— no puede seguir siendo ignorada.

Cinta Canterla

SAMANIEGO, Félix María de.

El jardín de Venus. Cuentos eróticos y burlescos con una coda de poesías verdes. En PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio (Ed.). Madrid: Biblioteca Nueva, 2004, 359 pp.

Publica Emilio Palacios, de nuevo aunque con cambios, *El jardín de Venus* junto con unos cuantos poemas lúbricos de un autor que conoce muy bien, pues desde que en 1975 nos diera su *Vida y obra de Samaniego* no ha dejado de indagar en la figura y en la producción de este interesante personaje. Personaje que, aunque se presenta como atípico en el panorama cultural

de la época, me parece que no debía de serlo tanto.

Emilio Palacios ha contribuido de forma decisiva a cambiar el panorama y nuestro conocimiento de la literatura del siglo XVIII. Sus trabajos sobre poesía y teatro, en especial, pero también sobre autobiografías y memorias, así como sobre la mujer literata, han corregido mucho y ampliado los saberes heredados, a menudo mostrencos, y lo mismo ha hecho con figuras como ésta de Samaniego o Meléndez Valdés. En el caso del primero, la publicación de su estudio pero sobre todo de estas poesías verdes, dio pie a fijar un autor hasta entonces mutilado en nuestro conocimiento, pues sólo, o preferentemente, teníamos de él la imagen de un escritor interesado en la educación de los jóvenes y en la reforma de aquellos aspectos de la cultura que los ilustrados querían cambiar. En cualquier caso, y aunque sigue resultando difícil para muchos conciliar las aparentemente contradictorias imágenes de alguien que se dedica a escribir fábulas didácticas y poemas eróticos, habría que decir que gran parte de la literatura erótica y pornográfica se ajusta a motivaciones educativas, como no dejó de señalar el marqués de Sade e incluso el mismo Nicolás Fernández de Moratín en su *Arte de las putas*.

Palacios Fernández comenta que este tipo de relato lúbrico tenía especial aceptación en tertulias y salones (p. 73), y que el autor era requerido en ellos por su versatilidad conversadora y ameno chiste. Por otra parte, conocemos la existencia de toda una literatura miscelánea para entretener el tiempo de los tertulianos, por eso no deja de ser interesante y sugerente (por lo que cambia la idea de lo que podía ser una tertulia) que, junto a sainetes, anécdotas, chistes blancos y relatos edificantes, los contertulios, dando la razón a rigurosos moralistas, también se entretuvieran contando chascarrillos verdes «saladísimos», como deja constancia

Jovellanos en su diario, precisamente tras oír varios de estos cuentos eróticos a Samaniego en un salón. Se puede especular con la posibilidad de la literatura erótica como literatura de y para el salón (entre otras utilidades), del mismo modo que no cabe duda de que esa misma literatura se ampara en los moldes de transmisión de la literatura popular, pues, al correr de forma manuscrita e incluso de memoria está sujeta a los cambios, adaptaciones y puestas al día necesarios para seguir teniendo éxito. Es una literatura para leer con una sola mano, según la expresión francesa, que está sujeta a la variante, como atestiguan el cuidadoso trabajo de editor de Emilio Palacios a lo largo de las distintas ediciones de esta obra y la confesión orgullosa de alguien que, como La Fontaine, conocía muy bien el campo en el que se movía y que escribió: «Jamais ce qu'on appelle un bon conte ne passe d'une main à l'autre sans recevoir quelque nouvel embellissement».

Quizá sirva para conocer mejor cómo podía ser el ambiente de algunas tertulias, tener noticia de la anécdota que Diderot cuenta en una de sus cartas, referente a algo que pasó en casa del barón d'Holbach durante una de sus reuniones. Según el relato, a la conversación libertina, en los dos sentidos, se suma un cura, con el que juega una de las damas asistentes: «¡A ver, curita, aguánteme!» —le dijo—, y de un salto ella se montó en el cura, con una pierna por allí y la otra por allá». Diderot detalla cómo le excita «con la voz y con los dedos», mientras él relincha y tanto uno como otro se revuelcan por el suelo con las ropas por los hombros. Todos ríen y el cuento, propio de Samaniego, termina con la dama tumbada sobre el cura gritando «ya no aguanto más; se me sale todo, curita, no se mueva», mientras orina sobre él, que responde: «¡Socorro, socorro, que me ahogo!» Y cada uno de nosotros nos revolcamos sobre los canapés y reventamos de risa¹.

La anécdota revela cómo eran compatibles la especulación filosófica y la solución escatológica, algo que también podía darse en los salones españoles. En todo caso, la alusión de Palacios a la aceptación que esos poemas tenían en esa «sociedad» abre todo un campo de estudio, pues saca a la literatura pornográfica de los reducidos círculos clandestinos de amigos iniciados e incluye también a las mujeres como destinatarias y usuarias de ella. Con sus trabajos sobre literatura erótica, Emilio Palacios nos ofrece un cuadro más completo de la España del siglo XVIII y lo hace sin caer en el error de muchos de los que han entendido este tipo de producciones como algo anecdótico o manifestación de un casticismo deturpado. La producción erótica y burlesca de Samaniego es esencial y complementaria de su otra producción en verso. Y téngase presente que poner al mismo nivel erotismo y burla los equipara en la mentalidad y función retórica del escritor vasco, pero que también es cumplir con una convención de bastante de esta literatura.

El editor nos presenta estos poemas de forma ejemplar y no es un capricho decir que esta edición pulcra y rigurosa de los cuentos eróticos de Samaniego es sólo un estadio, un paso más en la repristinización que Palacios está llevando a cabo de su obra, pues a cada nueva edición que hace de ella, hay un cambio, una mejora, como en este caso, en que se retiran varios poemas que se tenían hasta no hace mucho por suyos y se incorporan otros, fruto del trabajo infatigable de este investigador modélico.

Conocer estos textos abre muchas posibilidades de estudio, como se dijo. Por ejemplo, el uso que se hace en esta literatura, y que hace Samaniego en concreto, de la «excusa» o motivo para unir a dos personajes

1. Tomo el relato de Fernando SAVATER, *Instrucciones para olvidar El Quijote*. Madrid: Taurus, 1985, p. 36.

que acaban en la cama o, por ejemplo, la forma burlesca en que se presentan motivos religiosos y pictóricos como el de «La misa de San Gregorio», que conseguía sacar las almas del purgatorio, que Samaniego trassunta en «La oración de San Gregorio» (pp. 215-217), y por aquí habría que estudiar las relaciones entre arte y literatura desde el punto de vista del erotismo. Emilio Palacios, en su carrera imparable de publicaciones, nos ha proporcionado un texto de enorme utilidad, importante pieza del mosaico de la literatura española del siglo XVIII que sirve para que la conozcamos mejor, pero también para adentrarnos en otros aspectos de enorme importancia, como son la representación y vivencia del cuerpo y de la sexualidad, el modo lingüístico de elaborar y reelaborar la experiencia sexual, los tipos, escenarios, excusas y maneras que daban carnalidad a la fantasía erótica, esencialmente masculina, del momento.

Una edición recomendable, por estos y muchos otros conceptos que aquí no se detallan, que se aprovecha también de la elegancia y buen hacer de la editorial Biblioteca Nueva.

Joaquín Álvarez Barrientos

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro.

El sí de las niñas. En MARTÍNEZ MATA, Emilio (Ed.). Madrid: Cátedra, 2002, 214 pp.

El profesor Emilio Martínez Mata, tan buen conocedor de la literatura dieciochesca como lo demuestran sus ediciones de las *Cartas marruecas* y *Noches lúgubres* de Cadalso o de *Las fábulas en verso castellano* de Samaniego, afronta en esta ocasión un nuevo reto, la publicación debidamente anotada y comentada de la comedia paradigmática del teatro neoclásico, *El sí de las niñas* de Leandro Fernández de Moratín.

En la introducción se detiene en primer término en la trayectoria vital y literaria del dramaturgo, apoyándose en el mejor biógrafo del escritor, el vallisoletano Manuel Silvela, con cuya familia Moratín compartió los últimos años de su existencia en Francia. Además de Silvela, Martínez Mata maneja con precisión otros testimonios de amigos del autor, así como el *Epistolario* y el *Diario*, editados por uno de los máximos especialistas en la figura del dramaturgo madrileño, el hispanista francés René Andioc. Martínez Mata destaca en este devenir histórico el autodidactismo de Moratín, lector incansable de cuantos libros integraban la biblioteca de su padre. Junto a esa educación alejada de los círculos académicos en su años juveniles, el editor considera básico para su formación cosmopolita y para un conocimiento profundo del teatro europeo los numerosos viajes que el dramaturgo realizó por el viejo continente y que en algunos casos fructifican en obras como *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* o *Viaje a Italia*, además de proporcionarle los instrumentos necesarios para sus traducciones. Otro aspecto interesante de su biografía son sus amistades, los escolapios Estala y Navarrete, así como José Antonio Melón y Juan Pablo Forner, con quienes comparte tertulia y que serán los primeros críticos de sus comedias por esa costumbre tan arraigada en Moratín de leerles sus piezas antes de someterlas al juicio del público. Entre esas amistades cabe señalar la protección del todopoderoso Manuel Godoy, gracias al cual obtiene diversos beneficios eclesiásticos que le permiten salir de la precaria situación económica en que le había dejado la temprana muerte de su padre, así como sustanciosas subvenciones que le sufragan los mencionados viajes al extranjero. Moratín manifestará su agradecimiento al Príncipe de la Paz dedicándole algunas de sus comedias. Es más, antes de su vuelta a España, Godoy ya le ha encontrado un